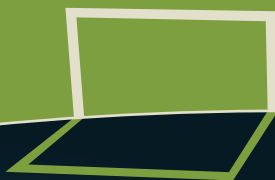




**FESTI  
GOL**  
Festival de Cine + Fútbol


# EL FÚTBOL ES UN JUEGO TRISTE

Cuentos de Jorge Benavides Muñoz



El muchacho de  
Travagliato

1



**“Todo cuanto sé con mayor certeza sobre la moral y las obligaciones de los hombres, se lo debo al fútbol “**

Albert Camus

# El muchacho de Travagliato

Jorge Benavides Muñoz

Los días eran mayoritariamente nublados en Travagliato. Allí conocí el año setenta y cinco a Franchino Baresi, Franco para los amigos. Eran mis primeros días en Italia. El exilio venía acompañado de recuerdos, como el trauma eterno de seguir escuchando el pasa balas de una pistola en la sien, o de sentir órdenes analfabetas que eran imposibles de eludir con consignas. Esos terribles flashes me hacían morir un poco cada día. En ese escenario, aprender el idioma en poco tiempo era un tema fútil comparado con la superación de lo anterior. Sin embargo, debía buscar actividades para sobrellevar el ocio, que machacaba mis esporádicos pensamientos de lo indecible. Debía encontrar un trabajo y así poder seguir soportando el devenir, con un nuevo nombre, pero con las mismas heridas.

El potrero donde jugaban los bambinos era amplio, mezcla perfecta entre barro y pasto bruto. La autopista por un lado y el riachuelo por el otro eran los límites laterales: nunca se llegaba a ellos, salvo por algún bromista que chuteaba el balón y salía corriendo como loco aprovechándose de su velocidad y estado físico para que lo siguieran y se la quitaran. Algunos más vengativos lo seguían unos metros, pero abandonaban la misión para aprovechar de tomar agua de las botellas que servían como demarcación de las porterías. Esos momentos de hidratación eran cortos, pues aparecía el balón y se reiniciaba al toque el pleito. Recuerdo que era hermoso cuando otro niño llegaba con ganas de jugar, pero sin conocer a nadie, y Franco lo llamaba: "*Ragazzo, vieni a giocare con noi!*" Eran unas caras magníficas de gozo, y esa

carrera desde el llamado a encontrarse con el balón un acto sacramental, una conexión divina con lo más amado; le daban la mano, preguntaban su nombre, le indicaban rápidamente a los integrantes de su equipo y le señalaban su posición en el campo, sublime.

Durante los meses que duró mi cesantía, pasé cada día a ver esos partidos en aquel verano, vacaciones llenas de fútbol para esos muchachos adolescentes. ¿Qué me hacía pasar a ver el mismo escenario, los mismos jugadores? Pensé en mi profesor de filosofía del liceo en Chile, el profe Federico, cuyo nombre de filósofo autodenominado era FEROM, quien majaderamente y muy enojado nombraba a Heráclito: “¡Uno nunca se baña dos veces en el mismo río carajo!” Y esas palabras siempre las guardé en un lugar más allá del bolsillo de perro. Todos los días era un partido diferente, de goleadas monumentales cuando el que elegía se aseguraba con los mejores, hasta la bondad de Franco que siempre llamaba a los despreciados, que eran los primeros en llegar y los últimos en irse, los que nunca gritaron la palabra gol, pero que eran los primeros en ir a abrazar al que los hacía. Franco se sentía orgulloso de esos jugadores y, cuando perdían, que era la mayoría de las veces, era el primero en abrazarlos para contener la culpa de la derrota.

“*Sono Dino Zoff!*”, decía siempre Luca (ya me sabía sus nombres y que *sono* era “yo soy”) cuando corría a resguardar la portería con la misma ropa de siempre. Yo pensaba en silencio: “Yo soy entonces Elías Figueroa”. Estaba recordando a esa selección y el penal de Caszely,

cuando la pelota salta sobre mí y me da en la cabeza. Las risas de niños amortiguaron mi enojo y lo convirtieron en ternura, ternura que hace mucho tiempo se había ausentado de mí. Me pidieron que les devolviera el balón, pero mi inseguridad de, como dicen los futbolistas en las pretemporadas, “estamos faltos de fútbol”, hizo que recorriera esos largos metros y fuera personalmente a entregar el preciado tótem. Logré traducir algunas de sus palabras mientras me acercaba a ellos. Entre los codazos que se pegaban y risas nerviosas, decían cosas como: “no se ve tan viejo”, “no es italiano”, “¿lo invitamos a jugar?”. Tenía cuatro años más que ellos, pero escapar de una dictadura avejenta a cualquiera. Tomaron el balón, se juntaron al medio, no se taparon la boca ni nada (como ahora para evitar leer sus labios) y decidieron. Franco me invitó a jugar. Andaba con mis únicos jeans y unos zapatos de reno café conocidos en Chile como “guarenes”, y por ese motivo dudé un poco, no era cómodo. No pensé en mi edad, ya que ésta no aseguraba mi superioridad. Pero todo se saldó cuando el joven Franco, tirándome la pelota, me dice en un perfecto español: “¡Juegas para mi equipo!”. No había nada más que pensar.

En el partido el promedio de edad de ellos se hizo notar, los quinceañeros derribaron el dogma del “catenaccio italiano”, e iban para arriba en busca de la gloria. Como defensa central fui humillado sistemáticamente: me quebraron la cintura cincuenta y siete veces, e hice dos faltas penales que fueron cobradas exitosamente. Franco me miraba y sonreía. “*Vai Cileno!*”, gritaban todos al verme demolido por la peor actuación de mi vida. Ahí supe que

las pichangas en Chile de solteros contra casados no son para una estadística válida, ni menos un partido para vanagloriarse en la victoria. Después de jugar a ser un pasadizo, tomamos agua tirados en el pasto. Hablaban muy rápido y de manera alegre recordaban sus jugadas maravillosas. Al parecer, que yo fuera el defensa ese día sirvió para romper varios récords. La noche caía lentamente. Me rogaron para que fuera al otro día: mi condición de “el queso” les gustó a varios, sobre todo a los que gracias a mí por primera vez pudieron levantar el puño al aire.

Fueron jornadas inolvidables. Los partidos lluviosos eran los mejores, con Andrea, un fiel hincha del Sassuolo, que llevaba los colores *neroverdi* pegados a la piel, lanzándose a las pozas cada vez que la pelota pasaba cerca de una de ellas. Causaba la risa de todos, menos de su nona, que según contaba, cuando llegaba a casa estilando lo golpeaba profusamente con una correa, y gritaba que lo encerraría de por vida. Cuando contó eso, entendimos por qué Andrea se ausentaba post partidos con aguaceros.

En los partidos venideros mi nivel futbolístico subió progresivamente y mi sufrimiento anterior fue apagado por aquellos hermosos adolescentes. Soñábamos con ver ese potrero convertido en un San Ciro y fundar un equipo propio. Franco sería el capitán, yo lanzaría los penales, Luciano diseñaría el escudo que debía llevar sí o sí los colores de Chile, según lo propuesto por Gigi, en honor a mí. El equipo se llamaría Los Vagabundos, *I Vagabondi*, y derrotaríamos al Milán y al Inter. El clásico con Brescia

sería un trámite, nuestra fama sería tal que seríamos el sueño de las adolescentes. Estábamos en esas fantásticas cavilaciones cuando Paolo aparece corriendo agitado y con algo en su bolso: era un trofeo que le había sacado escondido a su abuelo, que fue un exitoso boxeador de los arrabales de Travagliato. Tomó un cuchillo pequeño que siempre traía consigo, y le sacó la placa que decía segundo lugar y un dibujo de dos guantes de box entrelazados. Mencionó antes de sacarlo que los segundos lugares eran una mierda, y su abuelo también, ante los ojos sorprendidos de todos ante tamaña herejía. “¡Listo!”, dijo, y dio un discurso: “El próximo domingo a las tres de la tarde disputaremos la final del *calcio italiano* en esta cancha. Los mismos equipos de hoy. Inviten público. Yo jugaré para el equipo de Franco. Hoy no pude estar porque trabajé duro, pero llegué con la mejor noticia, ¿no?”. Alucinamos con ese pequeño trofeo, jurábamos que era la *Jules Rimet*. La tocábamos embobados, no valía esa superchería del que la tocaba o miraba perdía. Desde ese momento, las noches se hicieron insomnio para cada uno de nosotros. Queríamos jugar ya, pero el día elegido por Paolo era el domingo, porque ese día su hermana saldría del internado en la mañana y podría llegar a verlo, y darse cuenta en vivo si las proezas falsas que le contaba Paolo por cartas eran tan reales. Yo como no tenía familiares me llevé el trofeo, y limpié con aceite algunas erosiones que tenía. Pese a ser yo casi un veinteañero, formé una pelota con algunos periódicos antiguos que tenía y le metía goles a la puerta del piso que arrendaba, con el solo afán de relatar un gol magnífico y adjudicarme la copa, besarla y mostrarla al cielo enmaderado de mi soledad.

La semana previa a la final del *calcio italiano* los partidos fueron más lentos de lo común. El sueño insomne de la ansiedad causó efecto en nuestros rendimientos individuales y colectivos. Algunos comentaban que se estaban cuidando para ese partido, que no metían con todo para no lesionarse y quedar al margen. Otros gestionaban con primos o tíos la posibilidad de conseguir zapatos de fútbol, camisetas, etc. El ortodoxo Dante se paró y dijo: “¡Nada de eso, jugaremos como siempre, en las mismas condiciones, esa es nuestra mística, por eso somos Los Vagabundos!” La suerte estaba echada, se acercaba el domingo, la final a la vuelta de la esquina. Para muchos de nosotros la primera y última final de nuestras vidas; para otros, la única alegría real de su pobre cotidianidad.

A la una de la tarde ya estábamos casi la totalidad de los jugadores en la cancha, más algunos *tifosi* que acompañaban a varios, todos muy nerviosos. Marquito, el menor de todos (tenía doce años), sorprendió a todos cuando llegó fumando y diciendo que él era George Best. Todos reímos, y nadie cuestionó su falta de “profesionalismo” ad-*portas* de un pleito trascendental para la historia de nuestra infancia. Yo saqué la copa y la colocamos encima de un cajón viejo al centro de la cancha en la previa del encuentro. La emoción era increíble. Preguntábamos la hora cada un minuto. Al que osaba tomar el balón se le advertía que no se cansara, que faltaba mucho para empezar, y que debía guardar su energía para el pitazo inicial. La ansiedad era terrible, las manos pasaban por la cara, no quedaban uñas, las piernas

eran de vaivenes interminables y desesperantes. Marquito fumaba y fumaba. Faltaba una hora.

“¿Y Franco?”, todos preguntábamos. Su ausencia agregaba más incertidumbre a los nervios. Primera vez que no era de los primeros en llegar. Nuestro equipo empezó a perder la confianza en el triunfo: Franco era nuestro baluarte, nuestro emblema. Los rivales mostraban preocupación, pero algunos más pragmáticos veían en esa ausencia un milagro de la virgen de Fátima, era una ventana de esperanza inesperada. Faltando diez minutos deslizamos sutilmente la idea de suspender. Un rival paró en seco esa propuesta: “Se juega sí o sí, hay suplentes”. Hubo partidos en que éramos quince contra quince, así que tenía razón, podíamos parar el once inicial.

Me acuerdo que la esperanza se mantuvo hasta dos minutos antes del inicio. Niño que aparecía con características semejantes a Franco producía que algunos apuntaran y dijeran con alegría: “Ahí viene”, y otro retrucaba con certeza: “¡No es!”; fulminando la idea de levantar esa copa. Empezaron algunos a autoengañarse con la idea de que lo importante no era ganar y otros eufemismos. Yo tomé la capitanía y les mencioné que lo importante era tratar de llevar el partido a una tanda de penales, que jugaríamos sin delanteros, todos defendiendo, sin pasar el medio campo, para no pasar zozobras de contra. No atacaríamos en ninguna circunstancia. Provocaríamos el desgaste en el rival y a los penales llegarían sin piernas. Hubo un poco de resistencia de los delanteros, que soñaron toda la semana

con marcar y dedicar sus goles a sus novias o familiares, que por primera vez iban a verlos, pero entendieron que la urgencia táctica se debía a una desgracia impensada. Los hice tomar de sus manos, rezar a san Benito, lancé un discurso que mezclaba lo vulgar con lo sagrado, y estábamos listos para disputar con nuestras armas la ansiada final.

Una desconocida señora muy bella y elegante apareció segundos antes de comenzar, preguntando por mí y por Paolo. Nos señalaron y se acercó a nosotros con mucha amabilidad. Nos comentó que era enviada especialmente por Franco Baresi, que ella era asistente oficial de la secretaria del A.C. Milan, para informarnos que esa misma mañana dirigentes de ese club lo fueron a buscar al hogar donde vivía para que hiciera parte de las series juveniles, que lo habían visto jugar aquí mismo y que lo venían siguiendo hace un par de años. Cuando decía eso, nuestras caras desencajadas de orgullo, de admiración, de ilusión, desorbitaron nuestros ojos. Todos pensamos en ese momento que se podía, que lo lejano e inalcanzable del profesionalismo ya no era una quimera. La señora sintió nuestra energía indescriptible de satisfacción, señaló que Franco mandó sus saludos y que dejaran todo en la cancha para ganar la copa, que pronto iría a ver como estábamos y a enterarse de quién es el nuevo monarca del *calcio italiano*.

Mi retorno a Chile en los años noventa, significó un cambio rotundo en mi vida. En Italia había estudiado lenguas y literaturas europeas y panamericanas en

la Universidad de Bérgamo, y parece que fue tiempo perdido, pues estando acá se me cerraron todas las puertas. Tiempo mal invertido tapizando todo Santiago con currículos para que todas las ofertas laborales post entrevistas terminaran con un extraño “nosotros lo llamaremos”. Era como el slogan de esos años: ¡la alegría ya viene! Nunca llegué a dar clases de lo que estudié, nunca llegué siquiera a poner un pie en la puerta de alguna facultad de humanidades. La democracia chilena me dio la bienvenida con un rutilante desprecio.

No podía seguir sentado esperando que la alegría tocara la puerta de mi casa y me invitara a bailar al ritmo de su odiosa y veleidosa musiquilla, así que me monté en mi bicicleta camello marca Phoenix y salí a vender confites, especialmente maní confitado en bolsas pequeñas, por las canchas periféricas de la comuna de Puente Alto. Al principio, con la timidez de un laburante nuevo, apenas gritaba mi mercadería. Es más: algunos miraban raro, mi carisma inexperto producía dudas en la clientela, se levantaban hipótesis como que era sapo de la *yuta* o pedófilo, y que vendía dulces para engatusar a los niños y niñas. Eso lo supe con el tiempo, cuando gané sus confianzas de tanto ir a las mismas canchas. Cuando mi confianza ya era plena, me permitía ciertas licencias humorísticas, como mezclar el italiano y el español para captar clientes: “¡*Arachide*, maní, *bambini!*”. La gente se reía y sacaba los billetes para comprar, los niños la gozaban cuando les entregaba el vuelto y les decía *grazie!*, los más pelusones lo interpretaban como que no sabía decir gracias. En fin, eso servía para potenciar mi cartera

de clientes, satisfechos por el valor agregado de mi propuesta.

Los viejos cracks de un equipo me bautizaron como “El Umberto Tozzi” del maní, y cada vez que asomaba, cantaban y aplaudían: “¡Te a-mo, te amooo, te a-mooo!”. Se reían, y entre risa y risa todos me compraban, me proponían llevarme a sus casas para que les cante a sus señoras. Les respondía amablemente que lo único que cantaba eran los manís. El apodo se viralizó por todo el condado, quedé como el “Umberto Tozzi”. Ya no me decían “¡Hey amigo, maní!”. Me agradaba, ya que me acercaba a esos momentos de especial vorágine en Brescia, al potrero, a la final del *calcio italiano*, a la pensión de las ratas, al café malo, a la facultad de letras, Apollonia, ¡la bella Apollonia!, lo mejor de aquellos días de obligado exilio.

En el verano del noventa y cuatro, aún se notaba en las canchas la efervescencia por el título mundial obtenido por Brasil en Estados Unidos. Los infantiles se creían Bebeto, Romario, Taffarel, Hagi, Salenko. Los adultos mencionaban con gracia los nombres de los rumanos, Belodedici, Petrescu, Dumitrescu, Lupescu, Popescu, y se reían de cómo Carcuero nombraba a Răducioiu. Nadie se acordaba del subcampeón, Italia, solo yo en mis pensamientos que ocultaba para paralizar la melancolía. Fue uno de esos acalorados días que un dirigente de un club que disputa un paso a octavos de final, que usaba un pronunciado bigote, me llamó por mi nombre artístico y me preguntó si andaba con mi carnet, y que me relajara

que no era de la DINA. Me explicó que sus jugadores en la previa tuvieron una celebración que, debido a las altas temperaturas, se prolongó hasta que las velas dejaron de arder, y que la mayoría de ellos falló. De los “falleros” hablaba pestes y les prometía las penas del infierno, mientras trataba de convencerme. Le respondí que sí, que andaba con mi cédula, pero que no jugaba hace más de veinte años, poniéndome el parche antes de la herida. Cuando le dije que no jugaba desde que vivía en Italia, miró mi canasto de maní y a mí, de pie a cabeza, y como que debió creer que era una alucinación más y que el personaje de Umberto Tozzi se había apoderado completamente de mi ser. Me dijo que estábamos sobre la hora, que eran seis y el reglamento exigía siete para presentarse, y yo era el séptimo. Accedí. El hombrón tomó rauda mi carne y me pasó otro. Me dijo: “Desde ahora te llamas Eduardo Emilio Rojas Cancino”, y que me aprendiera la firma, y que cuando me llamara, tenía que ir a firmar a la mesa sin titubear y no mirar mucho al encargado del turno, para que no sospeche de la identidad suplantada. La firma era fácil: Eduardo Rojas al parecer no era muy creativo, pues eran las dos iniciales de sus nombres en mayúscula un poco tiritonas.

Jugué de central, aunque en las condiciones que jugamos daba lo mismo: era un línea de seis en el fondo, todos atrás. Me acomodé por la derecha. Defendimos con dientes y muelas, no teníamos ataque. Cuando uno de los nuestros, “el Yáñez” que le decían, quiso tomar las banderas e ir al ataque, desobedeciendo la orden táctica acordada, el entrenador lo empujó a chuchadas, lo



encaré diciendo que no se las diera de héroe, porque no se podría el culo para volver a defender ,y que el supuesto ataque no tendría ningún futuro al ver a los mansos toros atrás. El entusiasmo de Yáñez fue sólo eso.

Resistencia total, soportamos los setenta minutos de tortura, humillaciones, y el calificativo de ratones. Parecía que los rivales eran doscientos. Yo ni siquiera le pegaba para arriba: uno le pegaba para donde saliera y con lo que fuera, una pesadilla que nos hizo ver como ridículos a todos. Los comentarios decían que parecíamos “tontitos”, que el partido fue serio los primeros dos minutos. Luego de eso eran puras risotadas del respetable público: “mira cómo le pega”, “no sabe pararla”, “entiérense”, y una larga epístola de bravuconadas más que justificadas. Pese a todo, logramos llevar el partido a la definición por penales. Nuestros abrazos de estoicismo no aplacaron las burlas de quienes veían nuestra hazaña como un suceso azaroso que nunca más en la historia del fútbol barrial se volvería a dar. Todos debíamos patear, ya que el lateral izquierdo, nuestro Mariano, debido a una hernia que le causaba mucho dolor se excluyó de lanzar desde los doce pasos.

Los cinco “designados” por fuerza mayor estábamos reventados, medias abajo, tomando agua echados en el piso, esperando el llamado del juez para tomar posición y definir. Fui el quinto de la lista. La cancha estaba absolutamente llena, todos se acercaron. La gente atrás del arco: no se veían las redes, solo a ellos que se adjudicaron tan privilegiada vista. Había un griterío insoportable. Con el recuerdo presente en la gente de

la final del mundial de ese año, le gritaban a nuestro arquero: “¡Dale Taffare!”, de manera irónica y burlesca. La definición era perfecta, nadie fallaba. Yo tenía que lanzar el último penal de la tanda. Si anotaba se debía seguir hasta desempatar, si lo perdía la gloria era del rival. Tomé el balón, lo besé como antaño a Apollonia, recé a la virgen del Carmen, caminé ese eterno recorrido hacia el punto de sentencia, acomodé el balón con dificultad. Tomé distancia dándole la espalda al arquero, aunque siempre creí según mis estadísticas que quienes hacían eso de dar la espalda al arquero lo desperdiciaban. Pese a ello tomé el riesgo, aunque fue más por los nervios que se me pasó ese detalle. Agotado, corrí al encuentro con el balón, le pegué y lo lancé a las nubes, pitazo final. Carnaval y jolgorio del rival, pasaron a cuartos de final, no era para menos. Se hizo lo que se pudo, se puso huevos, pero generalmente con eso no alcanza en instancias decisivas. Dejé de ser Eduardo Rojas para siempre, me entregaron mi carné y me dieron las gracias. Recogí mi canasto de maní cabizbajo. “El Yáñez” se acercó para consolarme con un abrazo: “Amigo, tranquilo, si en el mundial hasta el Baresi tiró el penal para afuera”. Lo miré y sonreí. *¡Ciao amico!*, le dije. *¡Bela chao!*, me respondió, como dudando de saber su significado y si estaba bien pronunciado.

Cuentos de:

**Jorge Benavides Muñoz**

[jorgebenavides2011@gmail.com](mailto:jorgebenavides2011@gmail.com)

Diseño y diagramación:

**Festigol, Festival de Cine + Fútbol**

[festigol@festigol.cl](mailto:festigol@festigol.cl)

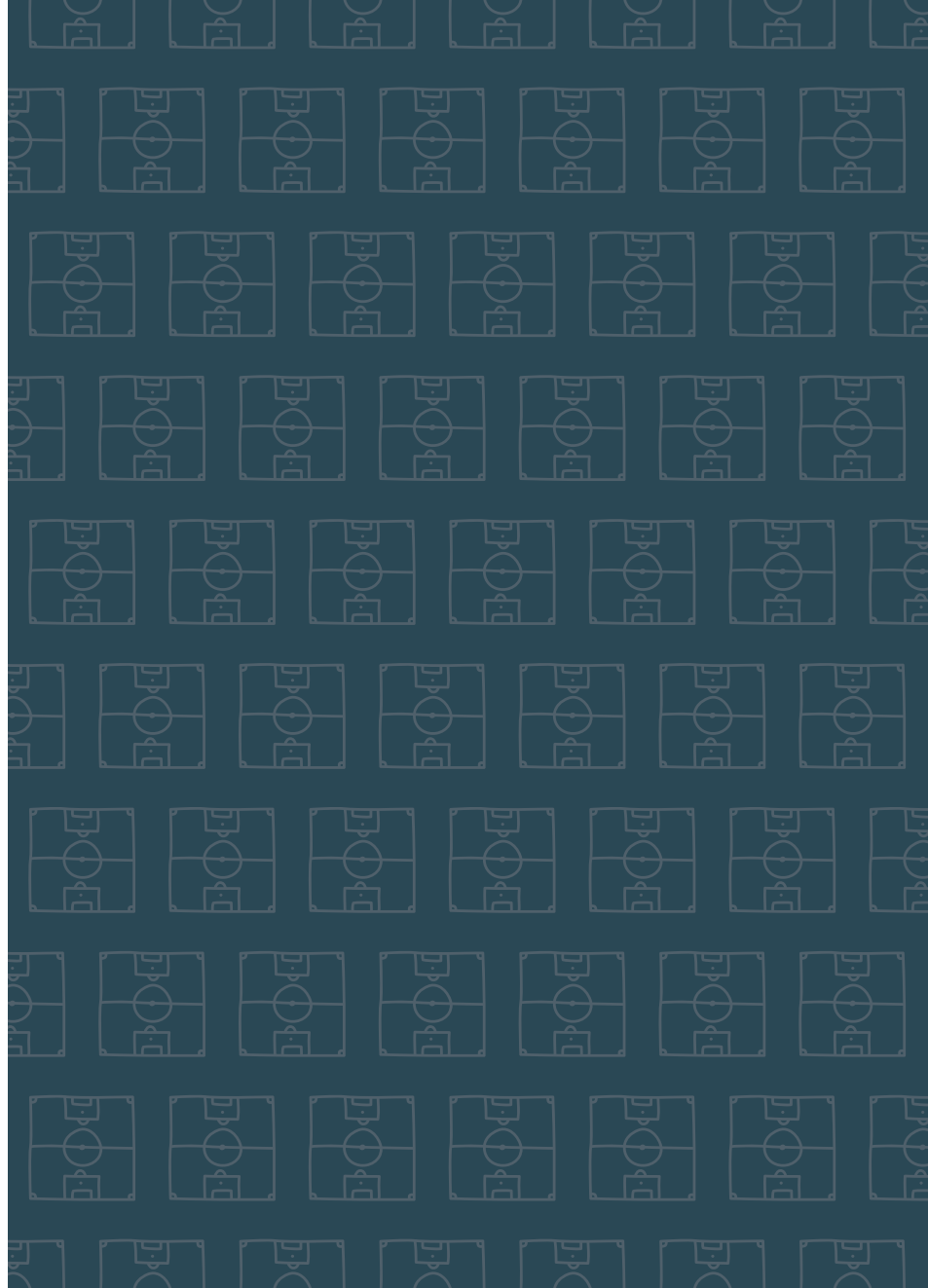
**Ediciones Festigol**

[www.festigol.cl](http://www.festigol.cl)

© de la edición, escritos, ilustraciones, diagramación, arte, diseño, diagramación, fotografías, sus autores. No se permite ningún tipo de reproducción sin la autorización expresa del autor de la obra.

Registro de Propiedad Intelectual: 2020-A-4393

Santiago de Chile en cuarentena, junio de 2020





**2020**  
festigol.cl

